

Detectives en el Cementerio Central

Helen Velando

loqueleg

Una “Panchohistoria” de amor

—¡No va a funcionar, Pancho!, mejor pensá en otra cosa.

7

—Pero, Gastón, ¡si vos me dijiste que a Florencia le encantan los poemas!

—Sí, Panchito, los poemas de otros autores... Yo qué sé... Pablo Neruda, Benedetti... —le explicó su amigo.

Pancho empezó a revolver los bolsillos de su pantalón hasta que por fin apareció un papel.

—¡Escuchá este poema, Gastón! Me quedó mejor que los otros que te mostré.

Y entonces Panchito se acomodó el gorro, carraspeó y comenzó a leer en voz alta:

“Florencia vos sos mi luz
Florencia vos sos mi vela
Florencia vos me gustás
más que una pizza
con muzzarella”.

—¿Y?...¿Qué te pareció? —preguntó Panchito, ansioso—. ¿Te diste cuenta de que me preocupé por la rima? Por ejemplo: vela rima con muzzarella, pero si no te gustó lo puedo cambiar por mortadela, aunque la verdad es que no me gusta tanto como la pizza; yo creo que esa comparación a Florencia la va a enamorar más de mí, ¿no te parece?

Gastón seguía mirando por la ventana y no decía nada. De pronto preguntó:

8 —Pancho, ¿con qué rima infame?

El otro lo miró sin entender.

—No sé.

—¡Con salame, Pancho, con salame! Si le mandás ese poema, Florencia te revienta.

Su amigo apretó los puños y se puso colorado de la bronca.

—¿Ah, sí? ¿Quién sos vos para hablar de mi poesía? ¡No seré Neruda ni Benedeto... pero me defiendo!

—¡Benedetti!, Pancho, ¡se llama Mario Benedetti!

Pancho se sentó en la cama y empezó a doblar el papel hasta dejarlo chiquitito; estaba muy desanimado. Gastón pensó que a lo mejor se le había ido la mano con la crítica; por eso se sentó al lado de su amigo y le dijo:

—El poema no está mal, Panchito, uno no necesita ser Pablo Neruda para escribir poesía; pero si comparás a Florencia con un pedazo de pizza con muzzarella...

me parece que no es muy romántico... ¿Entendés lo que quiero decir?

—Pero a mí la pizza me encanta y... ¡Flor también!, por eso lo puse —explicó jugando con el papelito.

—Ya lo sé, Panchi, pero las chiquilinas piensan distinto que nosotros, son más... sensibles, eso dice mi madre. Además siempre están hablando de su cuerpo; si la comparás con comida va a pensar que le decís que está muy gorda o que tiene muchas calorías.

Pancho levantó la cabeza y miró a su amigo.

—Viéndolo de esa manera... creo que tenés razón. ¡Ta!, ¡ya sé! —exclamó buscando algo debajo de la cama— le voy a escribir un poema comparándola con otra cosa que también me gusta.

Gastón suspiró: no había caso, Pancho no lo entendía. Si estuviera Santiago seguro se lo hubiera explicado mejor, pero se había ido a pasar las vacaciones de invierno a la casa de una tía en el Interior, así que no le quedaba más remedio que seguir intentando ayudar a su amigo.

Este ya escribía un nuevo poema: tirado en el piso, hablaba solo y miraba el techo buscando inspiración.

En la habitación parecía que hubiera pasado un huracán ya que estaba todo desordenado: un champión arriba del ropero, la túnica colgada del pomo de la puerta, libros en el piso, los papeles todos fuera de la papelera... Por eso Gastón prefería mirar por la ventana, para no ver el desorden de aquel cuarto.

La tarde estaba muy gris y fría, una de esas tardes de julio en que uno no sabe qué hacer. Verónica y Florencia aparecieron por la esquina, cruzaron la calle y saludaron hacia la ventana. Gastón respondió tirándoles un beso. Vero traía un sobre en la mano y le hizo señas para que bajara. Iba a responderle cuando Pancho gritó:

—¡Ya está! ¡Lo terminé, Gastón! Escuchá:

“Florencia tú eres mi reina

Florencia yo soy tu rey

Florencia te quiero más

Que a la tabla de mi *skate*”.

—¿Y..? ¿No es genial?

—Sí, Panchito, está bárbaro, pero antes de dárselo a Florencia, por la dudas, ponete un casco.



La pregunta fatal

12 Gastón salió a la calle seguido por Pancho; las chiquilinas los esperaban sentadas en el murito.

—Hola —saludó Gastón.

Verónica saltó del muro con el sobre en la mano.

—¡Mirá! ¡Llegó hoy de mañana! ¡Carta de Sofía!

Se acercó a Gastón y ambos se pusieron a leer. Pancho no dejaba de mirar a Florencia; tenía el papel con el poema apretado en la mano y no se decidía a dárselo. Florencia también miraba la carta aunque ya sabía lo que decía, y sus ojos sin querer se iban hasta donde estaba Pancho. No, mejor no lo miraba, ella ya estaba para otras cosas, él todavía iba a la escuela, y ella ya estaba en primero de liceo. No es que le importara la diferencia de edad, pero él seguía siendo un inmaduro, ni siquiera le había dicho si gustaba de ella, aunque según opinaba Verónica eso se le notaba enseguida. No, lo mejor era que él no se diera cuenta de nada así que para hacerse la indiferente Florencia hizo la pregunta fatal:

—¿Qué tenés en la mano, Pancho?
—¿En la mano? Nada... en la mano no tengo nada
—dijo poniéndose colorado.
—Ese papelito, ¿qué es?
—¿Cuál papelito? —murmuró sintiéndose descu-
bierto.

Florencia se acercó e intentó abrirle el puño.

—Éste, Pancho; dale, abrí la mano. ¿Me tenés mie-
do?

—Yo no te tengo miedo, nenita; no me molestes si
no querés que te dé una patada.

—¡Pancho! —gritó Verónica—, ¿qué te pasa?

—¡Sos un inmaduro y un... y un...! —balbuceaba
Flor a punto de llorar de bronca—. ¡Voy a decirle a mi
novio que está en tercero de liceo, que un nenito de la
escuela me está amenazando!

Y salió corriendo y se metió en el corredor de su
casa; Verónica fue detrás de ella, pero Flor no quería
hablar con nadie.

Pancho seguía parado con el papel arrugado en la
mano y miraba las baldosas de la vereda: nunca le ha-
bían parecido tan grises.

Gastón y Verónica lo miraban muy serios.

—¿Se puede saber qué te pasa con Florencia? ¿Por
qué la tratás así? Estábamos contentos porque recibi-
mos una carta de Sofía y ni siquiera preguntaste qué
decía, te dedicás a pelear con ella. ¿Se puede saber por
qué? —volvió a preguntar Verónica.

—¡No, no se puede saber! ¿Ta? ¡Y ahora tengo cosas importantes que hacer, me voy a jugar al *play station*! ¡Y a esa, no la quiero ver más!

Y diciendo esto Pancho cruzó la calle y pateó una piedra.

—Creo que están enamorados... —suspiró Verónica.

—Sí, ya me di cuenta —dijo Gastón—, ¡pero no va a ser fácil!

14 En cambio Verónica y él ya hacía tiempo que estaban arreglados y compartían muchas cosas. Iban al mismo liceo, aunque no estaban en la misma clase porque había varios primeros, pero a la hora de los recreos se encontraban y a veces estudiaban juntos: era genial estar enamorado.

Sofía cursaba también primer año de liceo pero se había mudado a Buenos Aires. Sus padres habían estado separados por un tiempo, pero cuando el papá de Sofía vino a Montevideo en las vacaciones se reconciliaron y decidieron intentarlo de nuevo. Ella estaba muy contenta de que sus padres volvieran a estar juntos; era un sueño secreto que Sofía solo le había confiado a Florencia, un sueño que por fin se había vuelto realidad. Pero claro, el papá trabajaba en Buenos Aires y por eso se mudaron todos para allá, así que tuvo que separarse de sus amigos.

—¿Y qué te pareció la carta de Sofi? Dice que fue a un recital impresionante y que seguramente va a venir

en las vacaciones de primavera —comentó entusiasmada Verónica.

—La verdad es que empiezo a extrañarla, y eso que hace unos pocos meses que se fue. Pero esto de Panchito me tiene preocupado, nunca lo había visto así, está muy adolescente. ¿Vamos a caminar hasta la rambla? Si vamos corriendo, te compro maníes.

—¡Dale! ¡Vamos!

Y salieron los dos con los gorros hasta las orejas y las bufandas al viento rumbo al parque, y sus risas se escuchaban en toda la cuadra.